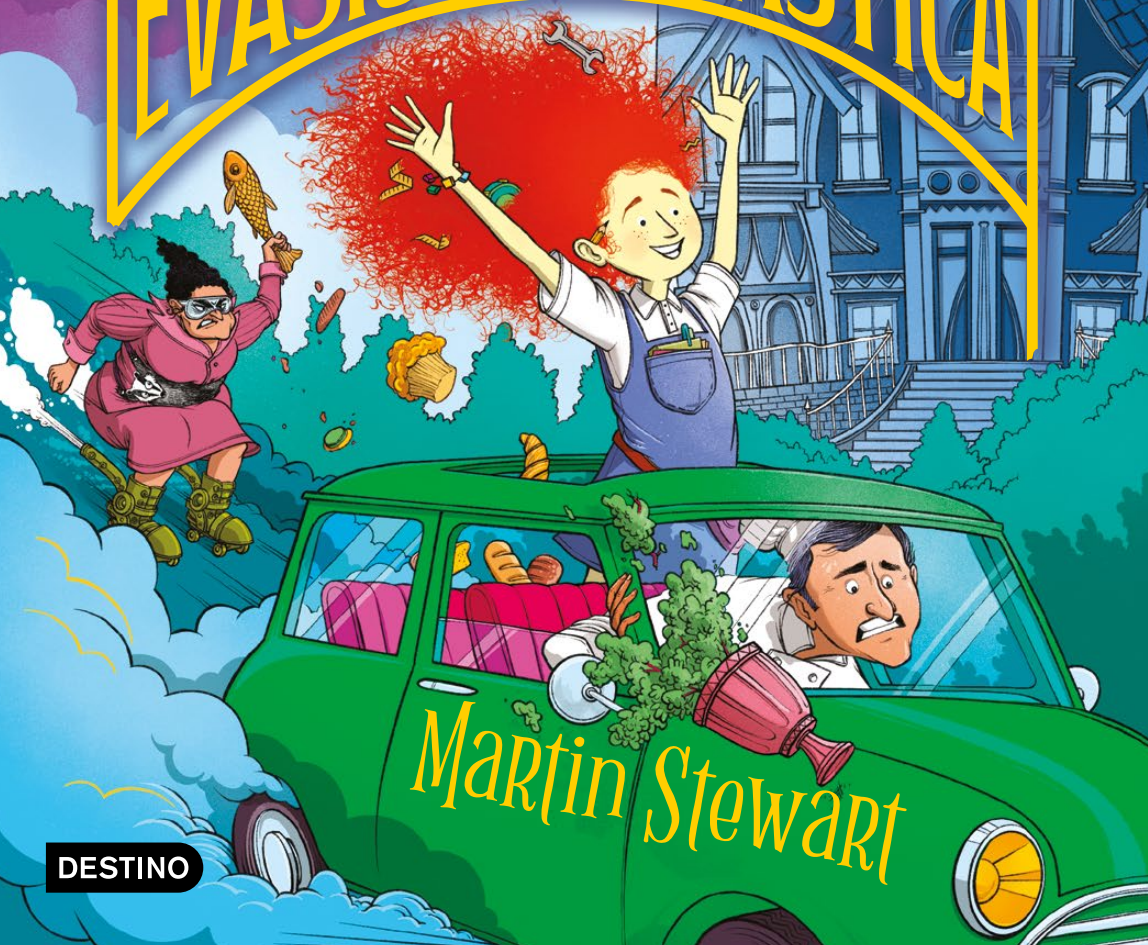


Bridget Vanderpuff

VIA EVASIÓN PANTÁSTICA



DESTINO

Martin Stewart



Martin Stewart

ilustraciones de David Habben

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2024

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Bridget Vanderpuff and the Baked Escape*

© del texto: Martin Stewart, 2024

Esta traducción de Bridget Vanderpuff 1 ha sido publicada
por Editorial Planeta mediante acuerdo con Head of Zeus Ltd.

© de las ilustraciones: David Habben, 2024

© de la traducción: Carlos Abreu, 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28696-7

Depósito legal: B. 11.038-2024

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales
porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener
dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

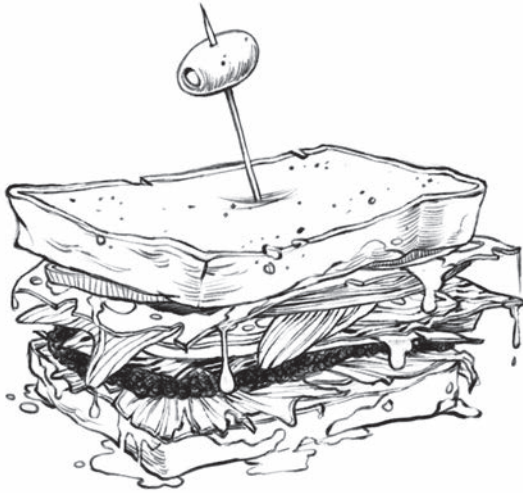
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía
creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

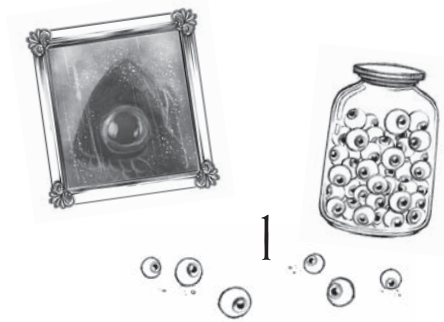
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

El Orfanato para Niños Descariados de la Señorita Agria





Un IntRépido Rescate

cepos para osos * ganzúas * dodos disecados

El mundo exterior estaba tapizado de nieve fresca y su luz rasgaba la estancia como el haz de una linterna.

Bridget Baxter se sacó el palillo de entre los dientes.

—¿Falta mucho? —susurró Tom.

—Un par de minutos nada más.

—Eso mismo dijiste hace un par de minutos.

Bridget arqueó una ceja. Tom se tapó la boca.

—Voy tan rápido como puedo. Además... —Bridget centró la atención en el Cristalófono¹ que había deslizado por debajo de la puerta—, aún no ha llegado al pasillo. Tranquilízate.

¹ Objeto alargado semejante a un estetoscopio inventado por la propia Bridget que permite a su usuario oír lo que ocurre tras las esquinas, escuchar secretos a escondidas y mantenerse alerta mientras comete travesuras.

—¿Que me tranquilice? —siseó Tom—. ¡No eres tú quien tiene la pierna atrapada en un cepo para osos! Y todo ¿por qué? ¿Por haber hablado con la boca llena durante el desayuno?

—Por cantar con la boca llena —lo corrigió Bridget. Tras hurgarse en la mata de cabello anaranjado, encontró una ganzúa con punta de nariz de elefante y la introdujo en el enorme candado—. Además, te habías subido a la mesa.

Tom se encogió de hombros.

—Era para que me oyeran todos.

Se rieron por lo bajo. El polvo descendía a través de la luz reflejada en la nieve hasta depositarse sobre las numerosas y horrendas pertenencias de la señorita Agria.

Sobre las aves mal disecadas y los libros sin leer.

Sobre los severos bustos de mármol y los tenebrosos cuadros.

Sobre los tarros llenos de ojos y las tazas de cráneo de gato.

Y sobre el gigantesco y revenido sándwich.² Bridget se quedó mirando el bocado, que reposaba en el centro del enorme escritorio de la señorita Agria.

² La señorita Agria se alimentaba solo a base de bocadillos de pescado enlatado: molletes de huevo con arenques para desayunar, panini de anchoas con pepinillos para almorzar y bollos con caballa y repollo para cenar. Como consecuencia, siempre despedía un asfixiante tufo a pescado.

Con un estremecimiento, cerró los ojos y dejó que su mente fluyera hacia la mano que sujetaba la ganzúa, anulando los demás sentidos hasta concentrar toda su sensibilidad en la piel de la punta de los dedos, para convertirlos en cinco antenitas que captaban los susurros secretos de la cerradura.

—Pero ¿qué haces? —musitó Tom en tono apremiante.

—Para examinar el interior de una cerradura no se usan los ojos —explicó Bridget entre dientes—, sino los dedos.

—Eso lo has leído en algún sitio, ¿a que sí?

—Pues claro.

—¿En un libro gordo y largo?



—Sí —confirmó Bridget—. En un libro estupendo, lleno de valentía, amor y diversión.

—¿Y candados?

—Sí. Y ahora, silencio, que estoy intentando escuchar.

—¿Por los dedos?

—¡Sí! —siseó Bridget—. ¿No puedes estarte callado ni un minuto?

Tom recogió las plumas de un dodo disecado.

—Hoy vienen las Familias —dijo—. La última vez que pasó eso, Poppy Parker se fue a vivir a un barrio donde atan los perros con longanizas.

—Sabes que eso no existe, ¿verdad? —dijo Bridget—. Eso solo es un modo de decir que sus nuevos padres son ricos.

Ella se acordaba bien: se habían llevado volando a Poppy en un elegante dirigible eléctrico. Desde su escondrijo entre las chimeneas y gárgolas de la biblioteca, Bridget había observado cómo el reluciente cobre del zepelín dejaba atrás Belle-de-Mar, rumbo a los grandes pueblos y ciudades que había más allá de las colinas.

Pensó en las personas que se presentaban en el orfanato solo una vez al año en busca de niños a los que querer. Se imaginaba sus abrigo color caramelo y sus hogares confortables; sus lustrosas cabelleras y sus amplias sonrisas; cuánto deseaba que una familia le abriera los brazos, la

envolviera en el más fuerte y maravilloso de los abrazos y se la llevara muy muy lejos del Orfanato para Niños Descariados.³

Sacudió la cabeza para ahuyentar esa visión. El fuego soltó un eructo de chispas.

—¿En qué piensas? —quiso saber Tom.

Bridget se quedó callada. Él le dio un apretón en el hombro.

—A lo mejor esta vez...

—Será igual que todas las demás —lo cortó Bridget, devolviendo su atención a la cerradura—. Cada vez que vienen las Familias, la señorita Agria me encierra, o me manda a ayudar al conserje, o... ¡me obliga a trepar por una chimenea! Nunca me llega el turno. Jamás encontraré un hogar. Ya llevo nueve años aquí.

—No es tanto tiempo, si lo piensas. Algunas personas viven hasta los cien años. ¡Y hay tortugas que llegan a los doscientos! Y hay piedras que existen desde hace...

—Yo no soy una tortuga —apuntó Bridget, retorciendo la ganzúa con un *toing*—. Ni un guijarro. Cuando tienes nueve años, nueve años es una eternidad. Llevo aquí una

³ La señorita Agria se negaba en redondo a cambiar el nombre del establecimiento a «Orfanato para Niños Descarriados». Detestaba con toda su alma el dígrafo «rr», por lo que cada vez que alguien la *coregía* (como cuando se quejó a la señora Pobydd de que no había *mataratas* para acabar con la plaga de roedores), ella cogía un *berinche*.



eternidad. Y una eternidad es una eternidad, y punto. He visto a una infinidad de niños *descariados* encontrar familia, mientras que yo... ¿Qué diablos haces con ese dodo?

—Intento que se dé un aire a la señorita Agria

—dijo Tom, arrugando la nariz e inclinándose hacia atrás para contemplar el ave disecada. Le había entre cerrado los ojos y acercado las cejas entre sí.

—Te ha quedado muy bien —comentó Bridget—. Lo has clavado. Parece como si... lo sorprendiera estar estre ñido.

Tom juntó aún más las cejas del ave y le ahuecó las mejillas.

—Siempre consigues sacar de quicio a la se ñorita Agria.⁴ ¿Cuántas veces te ha mandado al calabozo?

Bridget se encogió de hombros.

—Perdí la cuenta después de las primeras cien.

—¿Te acuerdas de cuando te arrojó al Pozo sin Fondo? ¡Regresaste a su despacho antes que ella!

⁴ Del mismo modo que otras instituciones tienen un cuadro de honor, el Orfanato para Niños Descariados tenía el Cuadro de Enemigos Nefastos de la señorita Agria, en el que el nombre del residente más subversivo del año aparecía garabateado con letras negras. El Cuadro de Enemigos Nefastos existía desde hacía nueve años, por lo que no era más que una pizarra en la que el señor Falstaff, el conserje, había escrito «Bridget Baxter» nueve veces.

—Bueno —dijo Bridget con modestia—, no debería llamarlo «sin fondo» si...

—¡Casi no me creo que le escondieras su medallón de directora!

—¿Quién iba a imaginar que se come los bocadillos sin fijarse en lo que llevan?

—¿Y qué fue lo que dijo cuando le rellenaste las bolsitas de té con purpurina?

Bridget se puso en pie de un salto y se tiró de los mechones rebeldes hacia abajo para que le tapasen las orejas.

—¡*Baxter!* —gritó, imitando a la perfección la voz estridente y chillona de la señorita Agria—. *¿Por quééé brilla y resplandeeeee tanfooo mi infusioóón matinaaaal?*

Estallaron de nuevo en risitas.

—Encontrarás un hogar, Bridget —dijo Tom—. Ya lo verás.

A ella se le hizo un nudo en la barriga y parpadeó muy deprisa.

—Tú también —consiguió decir—. Seguro que...

Volvió la cabeza.

—¿Qué? —la apremió Tom—. ¿Qué pasa?

Bridget agarró el Cristalófono: unos pasos —que no podían ser más que de la señorita Agria— le retumbaron en los oídos.

—¡Viene hacia aquí!

—¡Ay, no! —susurró Tom—. ¡Corre, Bridget! ¡Vete!
No tiene sentido que te pille a ti cuando era yo quien...

Pero ella ya estaba arrodillada junto al cepo para osos,
cerrando muy fuerte los ojos.

—Bridget...

—¡Chisss!

El Cristalófono daba saltitos en el suelo.

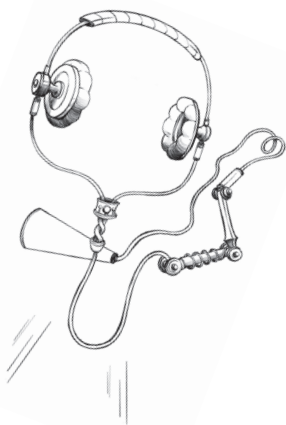
—¡Vete! No tienes por qué...

—¡CHISSSS! —lo acalló Bridget.

Intentando no dejarse distraer por el estruendo sordo
que emitían las botas que se aproximaban, fue guiando
la ganzúa a través del ingenioso sistema de pitones de la
cerradura con giros, sacudidas suaves y golpecitos hasta
que, con un chasquido gratificante y seco, el
bombín entonó su canción secreta... y el
candado se abrió.

—¡Lo has conseguido! —exclamó
Tom, frotándose la pierna mientras
las pisadas de la señorita Agria se
acercaban cada vez más—. Pero ¿y
ahora qué hacemos? ¡Estamos atrapa-
dos!

Bridget le pegó una patada a la ventana,
que se abrió con un chirrido al arrastrar la nieve en
polvo sobre el alféizar.



Un viento cortante les arañó las mejillas.

—¿Por la ventana?! —dijo Tom—. Pero...

—Fabricué esto con un millar de gomas elásticas —dijo Bridget, desenrollando una larga sogá que llevaba en torno a la cintura—, justo para esta situación.

—¿Lo fabricaste para que pudiéramos saltar desde la ventana de la señorita Agria después de liberarme de un cepo para osos que me habían puesto por cantar *¡Cuidado, don Ardilla!* encaramado a una mesa de tres patas con un pie metido en un bol de gachas frías y el otro sobre una tostada churruscada?

—Bueno, no para esta situación en concreto —alegó Bridget, atando un extremo de la cuerda al enorme escritorio de la señorita Agria y el otro al talle de Tom.

El chico echó un vistazo al jardín, con aire vacilante. Los lejanos árboles parecían cabezas de brócoli escarchadas, y el Gran Laberinto —un invernál dédalo de matorrales y hojas— se extendía hacia el horizonte.

—¿Soportará mi peso? —preguntó.

—Sin duda —aseguró Bridget. Acto seguido, como nunca mentía, añadió—: Probablemente.

—*¡Probablemente?* —chilló Tom antes de desaparecer por la ventana.

La puerta se abrió de golpe.

La señorita Agria, con el busto tamaño portaaviones temblando de rabia y bufando por la nariz afilada como un hacha de guerra, irrumpió en la estancia.

—¿Baxter? —gritó, apretando los mugrosos puños—. ¡Esta vez te has pasado de la raya! Voy a...

Bridget cogió el repugnante sándwich del desayuno de la directora. Era denso, húmedo y olía a algas podridas.

La señora Agria se quedó paralizada.

—Cuidado, Baxter... —dijo con cautela—. No vayas a cometer una imprudencia.

—¿Como cuál? —dijo Bridget—. ¿Como comerme su asqueroso desayuno?

La señorita Agria dio una zancada hacia ella.

—No quiero que hagas algo de lo que vayas a *arrepentirte*.



Dio otro paso fuerte, y su gigantesca bota levantó una nube de polvo.

—¿Ah, no? —dijo Bridget.

La señorita Agria abrió mucho los ojos.

—Sé razonable —gruñó—. Y... deja... mi desayuno... donde estaba.

Bridget clavó la mirada en los negros ojos de la directora.

—¿Sabe una cosa, señorita Agria? —dijo—. He leído que uno solo se arrepiente de las cosas que no hace.

Y le dio un mordisco tan grande al infecto sándwich que la corteza del pan le llegó a las orejas.

La señorita Agria se puso lívida mientras abría y cerraba la boca, llenándose los pulmones de aire para proferir uno de sus legendarios gritos.

Bridget subió de un salto al enorme escritorio... y se precipitó por la ventana.

